

RICHARD N. HAASS

El autor es vicepresidente, director de Estudios de Política Exterior y profesor Sydney Stein Jr. de Seguridad Internacional de la Brookings Institution.

¿QUÉ HACER CON LA PRIMACÍA ESTADOUNIDENSE?*

Somos número uno ¿Ahora qué?

Vivimos en una era de contradicciones: globalización y fragmentación, paz y conflicto, prosperidad y pobreza. Sólo cuando una o más de estas tendencias se imponga por encima de las demás, nuestra era obtendrá un nombre propio, desplazando la incomoda coletilla de "Posguerra Fria". Pero en medio de esta incertidumbre está la escueta realidad de que Estados Unidos es el país más poderoso del mundo: primero entre desiguales. Aun así, ésta es una descripción, no un propósito ni una política. La pregunta fundamental que enfrenta hoy Estados Unidos es cómo utilizar su enorme excedente de poder en el mundo: ¿Qué hacer con la primacía estadounidense?

Para comenzar debe decirse que las ventajas económicas y militares de Estados Unidos, aunque grandes, no son incondicionales ni permanentes. La fuerza del país está limitada por la cantidad de recursos (dinero, tiempo, capital político) que puede gastar, lo que a su turno refleja una falta de apoyo doméstico a alguna forma de imperio global estadounidense. La observación hecha por De Toqueville de que la democracia no es apropiada para la conducción de la política exterior es aún más cierta en un mundo en el que no existe un enemigo mortal como la Unión Soviética contra el cual unir a la opinión pública.

De igual manera, la superioridad de Estados Unidos no durará. A medida que el poder se difunde en el mundo, su posición relativa frente a otros se erosiona inevitablemente. Puede que no parezca ser así ahora, en un momento en el que su economía está en pleno auge y muchos países alrededor del mundo son escleróticos, pero la tendencia a largo plazo es innegable. Otras naciones es-

* Traducción de Mariana Carolina Muñoz y Jacki Irujo. Título original: "What to do with American Primacy?" en *Brooks Foreign Affairs*, Septiembre 1999, con autorización de New York Times, News Service Division.

tán surgiendo, y los actores no estatales —que van desde Osama bin Laden, pasando por Amnistía Internacional y George Soros— se están incrementando en número y están adquiriendo poder. Por todas estas razones, un esfuerzo para reafirmar o expandir la hegemonía estadounidense fallará. Una acción como ésta carecería de apoyo doméstico y estimularía la resistencia internacional, lo cual, a cambio, aumentaría los costos de la hegemonía y disminuiría sus beneficios.

Mientras tanto, el mundo se está volviendo cada vez más multipolar. La política exterior estadounidense no debe resistir esta multipolaridad (sería inútil) sino definirla. Al igual que la unipolaridad, la multipolaridad es simplemente una descripción. Nos habla acerca de la distribución de poder en el mundo, no sobre el carácter o la calidad de las relaciones internacionales. Un mundo multipolar puede ser uno en el cual diversos Estados hostiles y desiguales se enfrenten unos a otros, o uno en el que un número de Estados, cada uno poseyendo una cantidad significativa de poder, trabajen conjuntamente. El objetivo de Estados Unidos debe ser persuadir a otros centros de poder político, militar y económico —incluyendo pero no limitándose a los Estados-naciones— que es de su propio interés apoyar las nociones constructivas acerca de cómo debería organizarse y operar la sociedad internacional.

La meta apropiada para la política exterior estadounidense es entonces la de fomentar una multipolaridad caracterizada por la cooperación y la conciliación, en lugar de la competencia y el conflicto. En un mundo como éste, el orden no estaría limitado a la paz basada en un balance de poder o en el miedo a un escalamiento de los conflictos, sino que estaría fundado en un acuerdo más amplio sobre propósitos y problemas globales. En su perspicaz primer libro, *Un mundo restaurado*, Henry A. Kissinger argumenta que el mundo competitivo multipolar de la Europa del siglo XIX fue capaz de evitar una guerra de "gran escala" porque las grandes potencias forjaron un consenso sobre ciertos asuntos centrales de las relaciones internacionales. Los líderes estadounidenses deben buscar construir un consenso internacional como éste para el siglo XXI.

Esta meta no es tan desmesurada y lejana como puede parecer. Hoy en día, aspectos importantes de la vida internacional están caracterizados por una cooperación substancial, especialmente dentro del ámbito económico. La Organización Mundial del Comercio (OMC) es un mecanismo ordenado y normalizado para resolver disputas sobre cuestiones de comercio y dedicado a abrir la economía mundial; ministros de finanzas se reúnen con frecuencia para coordinar políticas monetarias y convenciones extensamente respaldadas vedan

los sobornos y la corrupción. La interacción económica también está regulada por un mercado internacional que recompensa las políticas y los procedimientos gubernamentales –privatización, subsidios gubernamentales reducidos, prácticas de contabilidad aceptadas, procedimientos de quiebra– que fomentan la inversión y el libre flujo de capital.

Las interacciones políticas y militares también están reguladas, aunque de manera menos profunda y extensa. Existen algunas justificaciones comunes para el uso de la fuerza militar como la defensa propia. Las normas (junto a los tratados u otros arreglos para sustentarlos) prohíben las armas biológicas y químicas, las pruebas de bombas nucleares y buscan disminuir la proliferación de armas nucleares y de misiles balísticos. En el ámbito político, los acuerdos formales internacionales fomentan la defensa de los derechos humanos, prohíben el genocidio y otros crímenes de guerra y protegen a los refugiados. Sin embargo, es evidente que en el área político-militar habrá mayor anarquía y discordia que en la económica. Preguntas importantes son arduamente debatidas actualmente: ¿Cuándo, aparte del caso de la defensa propia, es legítimo usar la fuerza militar? ¿Qué debería hacerse para limitar aún más las armas de destrucción masiva? ¿Qué restricciones deben imponerse sobre la actuación de los gobiernos dentro de sus propias

fronteras? ¿Deben imponerse tales restricciones?

Sólo cuando exista un consenso entre las principales potencias sobre estos y otros asuntos relacionados habrá un nivel significativo de orden. Sin un acuerdo entre las grandes potencias, las relaciones internacionales pueden fácilmente revertirse a un sistema mucho más hostil que el que existe hoy en día. De darse esta cooperación, sin embargo, podemos reducir (aunque nunca suprimir) algunos de los peligros de la competencia y la guerra entre las grandes potencias, los cuales han plagado el mundo a lo largo de gran parte de su historia.

Cuatro axiomas

Idealmente, la sociedad internacional de la Posguerra Fría estará construida sobre cuatro bases fundamentales: la reducción del uso de la fuerza militar para resolver disputas interestatales, la reducción del número de armas de destrucción masiva y del número de Estados y otros grupos que las poseen, la aceptación de una doctrina restrictiva de la intervención humanitaria basada en el reconocimiento de que son las personas y no sólo los Estados quienes tienen derechos, entre otros, el derecho a percibir las ventajas de la apertura económica. Un mundo así sería relativamente pacífico, próspero y justo.

La meta de reducir, e incluso eliminar el papel de la fuerza

no es absurdamente optimista. Hoy en día, el uso de la fuerza entre potencias mundiales es impensable políticamente o es tan costoso que es imposible –con costos que incluyen el peligro de una escalada de armas no convencionales–. El reto es hacer cualquier uso de la fuerza entre grandes potencias aún más improbable y llegar a acuerdos sobre los casos en los cuales el uso de la fuerza es legítimo.

Se ha dado un progreso real en el esfuerzo por reducir el papel de las armas de destrucción masiva. El mundo ha cambiado mucho desde que las armas nucleares eran la unidad básica de medición de la competencia entre las grandes potencias. Los inventarios nucleares de Estados Unidos y Rusia están programados para reducirse a aproximadamente 3.500 armas cada uno de acuerdo con el tratado START II, que fue firmado pero no ratificado (en el caso ruso). Los dos inventarios se disminuirían aún más bajo el acuerdo START III. Las armas químicas y biológicas están prohibidas, al igual que las pruebas nucleares. Aunque India y Pakistán llevaron a cabo pruebas nucleares el año pasado, un número de Estados, entre ellos Ucrania, Bielorrusia, Kazakistán, Sudáfrica, Brasil y Argentina, han renunciado voluntariamente a desarrollar programas de proliferación de armas nucleares en años recientes. Los puntos restantes en la agenda incluyen la negociación de mayores reducciones de los arsenales

de los Estados que poseen armas nucleares –principalmente Rusia– la introducción sistemática de sistemas defensivos antimisiles, la desestimulación de la proliferación de la capacidad nuclear y de misiles en otros Estados y por parte de actores no estatales, y la exigencia del cumplimiento con la prohibición del uso y posesión de armas químicas y biológicas.

El tercer axioma fundamental del mundo de la Posguerra Fria bien podría ser el más controversial. Durante 350 años el orden internacional ha estado reforzado por la noción de soberanía: lo que ocurre dentro de las fronteras de un Estado-nación es asunto suyo solamente. La noción de soberanía fue en su momento, un avance que promovió el orden y de salientó el entrometimiento de algunos Estados en los asuntos internos de otros, lo que podía fácilmente llevar al conflicto. Pero a lo largo de la mitad del siglo pasado y especialmente durante la última década, una nueva reacción contra la soberanía absoluta ha ganado fuerza. Hoy en día, cada vez más, la soberanía es juzgada como condicional, vinculada a la forma como un gobierno trata a sus ciudadanos. Cuando un gobierno es incapaz o no está dispuesto a salvaguardar a sus ciudadanos –cuando se viola el contrato inherente entre el gobierno y los gobernados– el liderazgo abandona su derecho natural de esperar que los demás mantengan su distancia. Enton-

ces, recae en la comunidad internacional actuar, diplomáticamente (utilizando la persuasión, sanciones, o ayuda) o por medio de la fuerza, bajo la bandera de la intervención humanitaria. El reto obvio es ganar un reconocimiento más amplio de esta perspectiva modificada de la soberanía y lograr una amplia aceptación (si no apoyo) para las intervenciones particulares.

El cuarto axioma de la sociedad internacional de la Posguerra Fría es la apertura económica, que requiere no sólo de la fácil movilidad de bienes, capitales y servicios a través de los límites nacionales, sino también de la existencia de mercados domésticos transparentes que favorezcan las actividades del sector privado. Tal apertura es necesaria para sostener la prosperidad material y respaldar a la sociedad civil e incrementar los vínculos e interdependencias, factores que deberían ser un baluarte contra el conflicto militar. Lo que se necesita no es tanto una nueva arquitectura internacional financiera o controles adicionales en el movimiento de dinero, sino una decoración de interiores que incremente la transparencia y eficiencia de las economías nacionales a lo largo de gran parte del mundo.

Trayendo a otros a bordo

El mundo descrito aquí no se convertirá en una realidad únicamente por su aparente atractivo. Por el contrario, construir y mantener un orden mundial como éste requiere un esfuer-

zo sostenido por parte del actor más poderoso del mundo: Estados Unidos. El éxito de esta empresa requiere, a cambio, que los estadounidenses manejen apropiadamente el papel de su país como única superpotencia mundial. La política exterior estadounidense debe proteger una dimensión imperial, aunque no para lograr control territorial o explotación comercial, pues relaciones como éstas no son ni deseables ni sostenibles hoy en día. Más bien, Estados Unidos debe tratar de organizar al mundo de acuerdo con ciertos principios que afectan tanto las relaciones entre los Estados como las condiciones internas de los mismos. El papel de Estados Unidos debe parecerse al de Gran Bretaña en el siglo XIX, el líder global de esa era. La influencia de Estados Unidos debería mostrar el atractivo de su cultura, la fuerza de su economía y la bondad de las normas que se están promoviendo. La coerción y el uso de la fuerza pasarían a ser una segunda opción.

Estados Unidos pretende un mundo basado en relaciones pacíficas, la no proliferación de armas nucleares, el respeto por los derechos humanos y la apertura económica. Por lo tanto, debe convencer a las otras grandes potencias de que se unan a él y promuevan estos fines, construyendo así un orden más fuerte y duradero que proteja el conjunto de los intereses estadounidenses y reduzca la carga de la política exterior –en términos financieros y humanos– sobre Estados Unidos.

Un arreglo corporativo como éste irá acompañado de algunos costos. Estados Unidos deberá renunciar a cierta libertad de acción y moderar el tono de su retórica. Las sanciones deben dejar de dominar la política internacional, en su lugar o alternándose con ellas, se deben emplear incentivos. Llevar a cabo ataques unilaterales preventivos sobre objetivos sospechosos de tener instalaciones de armas, como hizo Estados Unidos en Sudán el pasado agosto, se volverá más difícil. Las barreras contra la intervención en los conflictos internos se volverán más grandes. Se contendrán posibles ampliaciones adicionales de la OTAN. Estados Unidos tendrá que limitar la escalada de cualquier defensa nacional con misiles si Rusia y China fijan un tope a sus fuerzas estratégicas. Aunque los beneficios serían mayores que los costos, producir un mundo que justifique tal refreno será difícil. De hecho, tres obstáculos principales yacen en el camino hacia el establecimiento y mantenimiento de una sociedad internacional del agrado de los estadounidenses.

El primero y más obvio es la posición de las demás potencias centrales, tanto mayores como menores. Alguna resistencia es inevitable, a veces por parte de Francia y otros Estados europeos o Japón, aun cuando más a menudo por parte de China y Rusia. China en particular se opondrá a que limiten su posibilidad de usar la fuerza para resolver el asunto de Taiwan. Además este país está determinado a

incrementar su arsenal estratégico. China y Rusia se sentirán amenazados por el despliegue estadounidense de sistemas de defensa. En respuesta, puede que vendan tecnología que pueda reforzar programas de armas no convencionales de otros Estados. Rusia (hasta cierto punto) y China (especialmente) verán la intervención humanitaria como un pretexto para la intervención en sus asuntos internos. Japón se mantiene sujeto a una visión más cerrada sobre la economía ideal. Son pocas las potencias principales, si es que hay alguna, que apoyarán ataques preventivos sobre los programas jóvenes de armas no convencionales, de aquellos que Estados Unidos ve como Estados maleantes; como regla, Estados Unidos tiende a encontrarse solo cuando se trata de imponer sanciones y ataques militares en lugar de usar el comercio y otras formas de compromiso. Un número de potencias más pequeñas, pero aun así considerables, como India, Pakistán, Irán, Iraq, Corea del Norte, y otros, probablemente vean un mundo liderado por Estados Unidos como discriminatorio, amenazador, o los dos.

¿Cómo, entonces, puede Estados Unidos persuadir a otros de la conveniencia de un mundo así? La palabra clave aquí es "persuadir". Las áreas de consenso comenzarán a surgir solamente si se siguen diálogos estratégicos y conversaciones intensas con otros gobiernos y líderes de opinión en varias sociedades. Si las *negociaciones*

estuvieron en el centro de la diplomacia de la Guerra Fría, las *consultas* deben formar el núcleo de la política exterior de la Posguerra Fría. La meta es construir o fortalecer instituciones globales que respalden los principios básicos del orden. En óptimas condiciones, esto tendrá que incluir un Consejo de Seguridad de la ONU reformado, dispuesto y capaz de contrarrestar la agresión, ya sea de un Estado contra otro o de un gobierno contra su propia gente; una OMC más comprehensiva y más capaz de promover el libre comercio; arsenales nucleares más pequeños y una disminución de la probabilidad de conflicto nuclear; asociaciones de proveedores de armas que restrinjan el esparcimiento de armas de tecnología avanzada; una Agencia Internacional de Energía Atómica más fuerte para vigilar y controlar la proliferación nuclear y organizaciones similares que impongan prohibiciones para las armas biológicas y nucleares.

¿Por qué otros Estados estarían de acuerdo con las preferencias de Estados Unidos? En algunos casos, ellos verán los mismos beneficios inherentes que Estados Unidos. Esto se aplica principalmente a Europa, hoy en día el socio más frecuente de Estados Unidos. De manera más general, la apertura económica tiende a ser en sí misma la recompensa. La mayoría de las principales potencias también tienen un interés en evitar conflictos de gran escala, retrasando la proliferación de tecnolo-

gías que los amenazan y manteniendo un libre flujo de petróleo y gas entre los Estados. La cooperación con Estados Unidos traerá beneficios en la forma de tecnología y capital compartido. Por lo menos igual de importante es el status que Estados Unidos pueda conferir a sus socios. Ambos, Rusia y China, quieren claramente ser vistos como grandes potencias, como miembros del círculo interno que da forma a las relaciones internacionales. Sólo trabajando con Estados Unidos podrán estos países y el Consejo de Seguridad de la ONU evitar ser ignorados con regularidad.

De todas maneras, las consultas por sí solas –aun las consultas respaldadas con incentivos– no conducirán a consensos en todos los temas. La persuasión tiene sus límites. Las principales potencias pueden no estar de acuerdo sobre las reglas generales, y aun cuando lo estén, puede que difieran en cómo aplicarlas en una situación particular. En casos como estos carece de sentido que Estados Unidos trabaje en vano para que surja un consenso internacional, cuando lo que se está garantizando es únicamente la inacción o el más bajo denominador común de acción y por ende una política exterior ineficaz.

De esta misma manera, el otro extremo, el unilateralismo, es poco atractivo. Por sí solo, Estados Unidos puede hacer poco para promover el orden. Demasiados retos actuales –proteccionismo, proliferación, genocidio–

no pueden ser resueltos por una sola nación, ya sea porque se necesita la cooperación internacional para combatir el problema o porque los recursos son limitados, o las dos. Los beneficios del multilateralismo son mayores que su tendencia a limitar los instrumentos de acción estadounidenses y a diluir sus metas. Además de distribuir la carga que implica promover el orden, el multilateralismo puede contener los impulsos de otros, reduciendo la oposición a las acciones de Estados Unidos e incrementar las probabilidades de éxito de sus políticas.

¿Qué opciones entonces, caben entre internacionalismo perfecto y unilateralismo? Una idea, planteada por Samuel P. Huntington y otros, es la dependencia de las potencias regionales, algunas veces llamados "Estados pivotes". Sin embargo, esta idea tiene serios problemas. En varias regiones, el Estado más fuerte no es aceptado como un policía legítimo por parte de sus vecinos más débiles: considérese India, Israel y China. Peor aún, en el Medio Oriente, por ejemplo, son los Estados dominantes (Irán e Iraq) los que requieren vigilancia.

Una mejor opción es el regionalismo. No debe confundirse este concepto con la asignación de tareas de promover el orden a los hegemones regionales. Lo primero se refiere a la construcción de consensos y su capacidad a escala regional, lo segundo al dominio de un solo actor sobre sus vecinos.

El problema con el regionalismo es que en muchas regiones –Asia Nororiental, Asia del Sur, la región del Líbano, el Golfo Pérsico– los principales Estados no están de acuerdo respecto de lo que constituye el orden regional. En otras regiones como Europa, el problema es principalmente de capacidad. Europa necesita mucho más músculo militar y la habilidad de hablar con una voz común, para jugar un papel efectivo en el continente y más allá de él. Lo mismo aplica para América Latina. En África, el desacuerdo y falta de consenso limita lo que la principal organización regional (la Organización para la Unidad Africana) puede hacer, aunque organizaciones subregionales han actuado correctamente en limitados casos.

La principal alternativa para promover el orden político, económico y militar, regional o globalmente, será la de organizar coaliciones –tan amplias como sea posible– de los capaces y dispuestos, normalmente con Estados Unidos a la cabeza. Tales agrupaciones no son ideales –tenderían a ser *ad hoc* y reactivas y carecerían de la legitimidad de la ONU o de grupos regionales formales–, pero son consistentes con un mundo donde la disposición de los gobiernos para cooperar varía de crisis en crisis y de situación en situación, y donde el consenso de las grandes potencias es poco confiable. La máxima de Lord Palmerston: "No tenemos aliados eternos, y no tenemos

enemigos perpetuos. Nuestros intereses son eternos y perpetuos y es nuestro deber seguir esos intereses", se aplica al mundo de la Posguerra Fria.

Estados Unidos indiscriminado

En últimas, la creación y el mantenimiento de un sistema mundial estadounidense dependerá, igualmente o más, de lo que los estadounidenses y sus líderes hagan, que de las influencias externas. Un obstáculo interno para alcanzar apropiadamente este objetivo reside en el deseo de hacer demasiado, de establecer fines que son demasiado ambiciosos. La hegemonía, como ya se ha dicho, cae bajo esta rúbrica. También sucede con la expansión del modelo democrático, el único intento de la administración Clinton por definir una doctrina de política exterior de pos-contención. Estados Unidos simplemente carece de los medios para dar forma a la cultura política y al sistema de otro país pues no tiene la posibilidad de llevar a cabo una ocupación a largo plazo, opción que normalmente no es accesible y no necesariamente funciona, como quedó demostrado en Haití. Más aún, el éxito parcial puede hacer a otras naciones vulnerables al fervor nacionalista. Una política exterior orientada por un impulso humanitario universal seguramente calificaría dentro de lo que Paul Kennedy define como una 'sobre-extensión imperial'. Al mismo tiempo, no

actuar acarrea costos reales, no sólo para las personas inocentes que pierden sus hogares o vidas o ambas, sino también para la imagen de Estados Unidos en el mundo. Más aún, una política exterior estrecha basada únicamente en el interés propio probablemente no podrá captar la imaginación ni disfrutar del apoyo del pueblo estadounidense que quiere una política exterior con un componente moral.

¿Pero cómo puede Estados Unidos hacer las cosas bien? Para resolver este dilema, ayuda dividir el asunto de la intervención humanitaria en tres preguntas: ¿se debe intervenir? ¿cómo? y ¿por qué?

¿Qué factores deberían tenerse en cuenta para tomar la decisión de intervenir? El primero es la dimensión del problema: no toda represión es un genocidio. Una segunda consideración es si existen otros intereses, económicos o estratégicos, más allá del humanitarismo. ¿Son estos intereses incompatibles con la intervención por medio de la fuerza militar, como en Chechenia? o ¿caso la favorecen, como en Bosnia? El tercer factor que interviene es el de los socios. ¿Qué tanta ayuda puede esperar Estados Unidos de otros Estados, militar y económicamente? El cuarto es, ¿cuáles son los costos probables y las consecuencias de la intervención? ¿La acción reducirá significativamente el problema? ¿Qué consecuencias mayores tendrá la acción sobre los intereses de Estados Unidos en la región y más allá? Y

por último, ¿cuáles serían los resultados probables de otras políticas incluyendo pero no limitando a la inactividad?

Preguntas objetivas como éstas no son un sustituto para que se juzguen las intervenciones a partir de cada situación, pues no puede haber ningún modelo *a priori* de intervención. Pero si proporcionan una disciplina que puede ser útil. Consideraciones como éstas hubieran hecho menos probable la intervención de Estados Unidos en Haití o su expansión en Somalia, hasta convertirse en una misión de creación de una nación. Mas probablemente hubiesen llevado a actuar con mayor rapidez en Bosnia o Ruanda, donde una pequeña intervención habría podido prevenir el genocidio.

Por lo tanto, es imposible responder a la pregunta acerca de si se debe intervenir sin considerar también cómo se debe intervenir. Los costos y beneficios probables de varios instrumentos de política exterior—incluyendo la diplomacia, las sanciones políticas y económicas, los incentivos, la acción encubierta, y la fuerza militar—necesitan ser sopesados. Las opciones militares pueden ser divididas aún más para incluir la ayuda a una de las partes en un conflicto, disuadiendo por medio de la presencia o de las amenazas, creando refugios seguros, bombardeando para debilitar o coaccionar a una de las partes, lanzando fuerzas armadas combinadas para ven-

cer a uno o más de los protagonistas en el campo de batalla, interviniendo en la creación de instituciones nacionales o enviando fuerzas para mantener la paz. Intervenciones significativas que requieran ocupaciones subsecuentes de largo plazo no pueden ser utilizadas muy a menudo.

La tercera y última pregunta se refiere al propósito. Las intervenciones humanitarias pueden tener como finalidad apoyar a un Estado fracasado, proteger a una población entera del peligro o resguardar a una parte de la población del gobierno o de otro grupo. Si un segmento de una sociedad está amenazado, ¿cuándo debería Estados Unidos apoyar el deseo de las personas de formar su propio Estado?

Una posición dogmática a favor de la libre determinación de los pueblos sería destabilizante así que varios factores deben ser evaluados. Debe haber alguna legitimidad histórica. El argumento histórico puede ser positivo, reflejando una tradición, o negativo, como resultado de una persecución resistida. Una segunda consideración es la viabilidad: no tiene ningún sentido fomentar la independencia si el Estado no está en capacidad de sobrevivir. Una tercera consideración es la estabilidad interna y el probable comportamiento del nuevo gobierno hacia sus ciudadanos. La comunidad internacional debió haber hecho más para condicionar su apoyo en favor de la independencia de las partes de la an-

tigua Yugoslavia para proteger a las minorías. Un cuarto factor es la estabilidad regional y la probable reacción de los Estados vecinos. Por ello es que Estados Unidos hace bien en oponerse a una declaración unilateral de libre determinación de Palestina. Israel tiene un interés fundamental en juego en esta decisión. De manera similar, los deseos curdos de alcanzar categoría de Estado deben ser analizados en conjunto con los reclamos de Turquía y otros países. Estados Unidos no debe adoptar objetivos políticos que sean más ambiciosos de lo que las circunstancias humanitarias justifican.

La inconsistencia es inevitable, pero también es una virtud. Intervenir en todas partes agotaría a Estados Unidos, pero no intervenir en ninguna parte podría fomentar el conflicto e ir en detrimento de la imagen que Estados Unidos tiene de sí mismo y de su capacidad de hacer el bien.

¿Qué hubiese significado todo esto en el caso de Kosovo? No es claro, ni aún en retrospectiva, cómo estas preguntas podrían haber influido en la decisión de intervenir militarmente. Los intereses de Estados Unidos, aunque menos que vitales, iban más allá de lo humanitario. Los aliados europeos estaban preparados para ofrecer asistencia significativa. Al mismo tiempo, el nivel del problema era menor que el de un genocidio y la fuerte oposición de Rusia y China era predecible. El juicio más crítico acerca de cómo utilizar la fuerza militar, fue hecho errónea-

mente por parte de la administración Clinton y la OTAN: creyeron que la amenaza o el uso de la fuerza aérea por sí solos presionarían a Slobodan Milosevic a que parara las matanzas y la limpieza étnica de los kosovares y aceptara los acuerdos de paz de Rambouillet. Al contrario, el bombardeo convirtió una crisis humanitaria en algo mucho peor. El hecho de que 11 semanas de bombardeo llevaran a que Milosevic se echara para atrás no altera esta afirmación. Hubiese sido mucho más inteligente continuar con la estrategia diplomática y lidiar con una crisis humanitaria limitada mientras que se buscaba la forma de debilitar o derrocar el régimen de Milosevic, o mandar fuerzas por tierra desde el comienzo y prevenir el desplazamiento y las matanzas. La administración hizo bien, sin embargo, en evitar convertir la independencia de Kosovo en un objetivo, un resultado que hubiese provocado la toma de posiciones por parte de la mayoría de los Estados europeos y Rusia y hubiese creado un conflicto regional mucho mayor.

Es poco probable que una aproximación algo restrictiva de la intervención humanitaria satisfaga a quienes buscan posicionarla en el centro de la política exterior estadounidense y a los que buscan relegarla a su periferia. Pero se debe imponer un límite a la acción militar de Estados Unidos cuando no se trata de situaciones nefastas, cuando los socios son escasos o cuando otras grandes poten-

cias se opongan a su intervención. Al promover esta dimensión del orden internacional no se debe permitir socavar otras. Al final, el orden es más importante que la justicia. Se puede tener lo primero sin lo último, pero no al revés. Adherirse a este precepto implica disciplina y ésta es esencial en la política exterior si se pretende que lo urgente no nos haga olvidar de lo importante.

Cualquier persona que dude de esto debe considerar por un instante los costos de la descomposición de cualquiera de los tres aspectos del orden internacional. Los conflictos a gran escala, la proliferación y la utilización de armas de destrucción masiva o una disolución financiera global, tendrían consecuencias profundas y directas para Estados Unidos y para la sociedad estadounidense. Las consecuencias de los crímenes humanitarios son simplemente incomparables con las anteriores si se considera el problema desde una perspectiva global. Por ello, Estados Unidos debe evitar comprometer sus grandes intereses cuando analiza las cuestiones humanitarias.

Subutilización del poder Imperial

El tercer obstáculo para la expansión del orden internacional es el opuesto del segundo. Es el problema de que Estados Unidos esté haciendo muy poco. Es el problema del rendi-

miento por debajo de su capacidad. Puede parecer raro sugerir que un país que gasta más de 300 billones al año en seguridad nacional (si uno incluye defensa, inteligencia, asistencia económica y militar y diplomacia), estaciona cientos de miles de tropas en el exterior, mantiene cientos de embajadas y misiones diplomáticas de todo tipo y escucha millones de llamadas telefónicas, pueda no estar haciendo lo suficiente. Pero este es el caso. Una década después de iniciada la era de la Posguerra Fría, Estados Unidos se está arriesgando a despilfarrar su primacía.

Este juicio refleja más que el hecho de que lo que hoy se gasta en seguridad nacional (en términos del porcentaje del PIB) constituye uno de los puntos más bajos después de la Segunda Guerra Mundial. En realidad, es precisamente lo que no estamos preparados para hacer por nuestros intereses y preferencias globales lo que es más notable. Ejemplos de esto incluyen el creciente miedo a comprometer fuerzas terrestres y arriesgar bajas; la incapacidad gubernamental para obtener las facultades del Congreso para negociar internacionalmente con otros Estados a través del mecanismo de "fast track" y así expandir acuerdos de libre comercio más allá del NAFTA y de la OMC; la poca importancia que se le ha dado a la reducción de arsenales nucleares de Estados Unidos y Rusia; el poco esfuerzo, la falta de entusiasmo y la arbitrariedad en las pre-

siones ejercidas sobre Iraq para que acepte la presencia de los inspectores de armas de la ONU; el que los altos oficiales no dediquen tiempo a discutir los asuntos internacionales básicos con otras potencias; la falta de esfuerzo para explicarle al pueblo estadounidense por qué debe apoyar un papel de liderazgo activo –un papel imperial– de Estados Unidos a pesar del fin de la Guerra Fría y el fallecimiento de la Unión Soviética.

Pero ninguna idea, no importa qué tan convincente sea, se vende por sí sola. Las ideas deben competir en el mercado político. Las encuestas que sugieren un apoyo doméstico fuerte para el liderazgo de Estados Unidos en el mundo son engañosas. Ellas reflejan inclinaciones pero no intensidad. Los estadounidenses, en su mayoría, no son tanto aislacionistas –lo cual requiere fuertes sentimientos acerca de los asuntos exteriores– como desinteresados. Las encuestas, entonces, explican muy poco del comportamiento político y de la disposición pública necesaria para mantener una determinada política exterior cuando los costos humanos o financieros son considerables.

La experiencia de Kosovo reveló profundas hendiduras. Así como el presidente Clinton ha llamado constantemente a un diálogo nacional acerca de las cuestiones de raza, ya es tiem-

po de que haya un diálogo nacional sobre el papel de Estados Unidos en el mundo. Un diálogo como éste es necesario ya que lo que se discute –una política exterior dirigida a promover el orden mundial– exige no sólo recursos sustanciales sino también la atención pública. Cualquier aproximación al mundo que incluya grandes elementos de hegemonía y unilateralismo, requerirá más de lo que el público y el sistema político estadounidense pueden dar, pero el mayor peligro es que aún una política multilateral que promueva el orden internacional, pruebe llegar a ser demasiado. Los futuros presidentes no podrán apelar al miedo como lo hacían durante la Guerra Fría. Tampoco tendrán la ventaja de la simplicidad y la claridad de aquella época. Estados Unidos intervendrá en algunas crisis pero no en otras; algunos países serán menos que aliados pero también menos que adversarios y Estados Unidos verá de manera diferente el hecho de que haya otras naciones que se estén convirtiendo en potencias nucleares. En este mundo complicado y ambiguo, un mayor entendimiento y una mayor explicación serán necesarios. Sólo el presidente puede liderar un diálogo sobre qué hacer con la primacía estadounidense, y ésta será una prioridad para el sucesor de Clinton. "It's the world, stupid" debería ser su lema.

reconocimiento al representante de su angustia²¹.

No obstante el criterio para evaluar el valor del arte y el caudillismo radica, para decirlo mediante una figura derri-diana, en su carácter espectral²². El espectro siempre es un híbrido entre presencia (se muestra a los vivos) y ausencia (está muerto) y, en consecuencia, rompe con la bipolaridad entre real y no-real, efectivo e inefectivo, ser y no-ser –tal como el concepto heideggeriano de posibilidad–. Escindi-do, existe simultáneamente en

el espacio *entre* lo que es y lo que no es, esto es, entre la facticidad y lo indisponible que la trasciende. Esa unión de lo dispar, sin eliminar la disparidad misma, es lo que le da la espectralidad al espectro. Pero si él la pierde, cuando lo ausente parece realizarse como presencia plena, cuando la diferencia es reabsorbida por la identidad, cesa su valor e, inmediatamente, se convierte en autoritarismo. En ese instante, en el cual el símbolo se convierte en mera metonimia del estado-de-cosas, el arte declina en publicidad oficial y el

²¹ El problema de tal perspectiva es que los representados existen como nación en tanto sigan siendo fieles a su representante. Su existencia misma como "sujetos" políticos depende de su reconocimiento a unos mismos símbolos. Una vez dejan de reconocerse, dejan de pertenecer a la comunidad y desaparecen como sujetos –tal como le sucedió a Lucifer, quien pierde su identidad angélica al ceder respecto al poder de Dios. Esto, en el plano empírico, lleva, por un lado, a pensar la participación política únicamente bajo la forma de corporativismo y, por otro, a pensar la recepción, en el campo estético, como una pasiva entrega de unos neutralizados espectadores a la autonomía de la obra– a manera de un artificioso neoclasicismo. Ambas facetas, a la postre, desembocarían en autoritarismo. Tal es la lectura que hace José A. Estévez del rancore de representación de Carl Schmitt, donde las no incluídas dentro de la homogeneidad simbólica pasarían a ser los enemigos, o, también, es el caso de la interpretación de Alexander Schwan del pensamiento político de Heidegger: si la verdad del Ser, como fundamento de la política, se funda en la obra –del artista o del caudillo (Herrscher)– la socialidad del hombre queda concebida como una función de las determinaciones que ella impone y, de paso, conlleva la sumisión de quienes participan en la verdad, al gesto inaugural de su creador (sobre esto ver Pöggeler, *Otro. Filosofía y política en Heidegger*, Barcelona, Alfa, 1984, p. 93). No obstante, para referirse al caso de Heidegger, bien vale recordar que el sentido de la obra no se agota en ningún estado-de-cosas efectivo sino que siempre remite a lo desproporcionado respecto a lo existente; de ahí que el estar en obra de los cuidados no es un llamado a la obediencia o a la adaptación –con lo que es, sino, por el contrario, es una remisión a trascender cualquier facticidad –"la resolución de un ir más allá de sí mismo", "por fuera del aprisionamiento en lo existente" (Heidegger *ibid.*, p. 88)–, lo cual concuerda bastante mal con las pretensiones de conservación del orden propias de cualquier autoritarismo. Sobre esto dice Pöggeler: "el ser del hombre no es pensado 'funcionalmente' desde la obra, ya que, según la concepción de Heidegger, se abre ya más allá de la obra y tiene una concordancia en aquel destino de la verdad que sólo es nuestra epocalmente en las obras y, con la profundidad de su inagotabilidad, alcanza más allá de la obra respectiva, tanto del lado del pasado como desde el futuro" (Pöggeler *ibid.*, p. 84). Cuestión aún más clara en tanto caudillo y artista no se convierten en sustitutos de los representados –los cuales serían sólo unos pasivos receptores de una historia hecha de élites político-estéticas–, por cuanto son ellos mismos quienes, una vez instalados en el desocultamiento del ser, una vez desgarrados por la trascendencia irmanerse que la obra funda, tomarán una decisión sobre su propia existencia: "el mundo en eclosión trae a primer plano lo aún no decidido, lo que aún carece de medida y, de este modo, abre la oculta necesidad de medida y decisión" (Heidegger, *ibid.*, p. 54). Por ese motivo, y siguiendo la distinción en "Sein und Zeit" sobre los dos modos positivos de ser ciudad (Farsorget, la acción de los dos tipos de creadores antes mencionados encaja más en la anticipativo-liberadora, que en la sustitutivo-dominante (cargada, arcaicamente, de connotaciones corporativistas).

²² Derrida, Jacques. *Espectros de Marx*. Editorial Trotta, Madrid, 1995.

caudillo en Führer²³. Ahí han perdido su *entre-dad* y comienzan la tiranía de la mismidad. Su función, más bien, es mantener viva una diferencia, una lejanía y no en realizar una presencia absoluta: la irrupción de una reconciliación final en el tiempo –por eso el caudillo caído es la máxima expresión del caudillaje, lo fuerte que se muestra en su aniquilación y deja como secuela, para los que quedan, la nostalgia de sus fundaciones–²⁴. En ese sentido el efecto de los símbolos, en términos musicales, es de pura disonancia²⁵. En ellos aguanta

la no contemporaneidad del presente consigo mismo –lo intempestivo nietzscheano–. La posibilidad, por eso nunca se consume como cualquier proyecto sino que pervive como la permanente diferencia al interior de los horizontes de sentido actuales, operantes: “En la existencia el ser humano no sale de un interior hacia un exterior, sino que la esencia de la existencia consiste en estar dentro estando fuera, acontecimiento que ocurre en la escisión esencial en el claro del ser”²⁶. El ir más allá de sí mismo no redundo, por eso, en un salto hacia el paraíso y por fuera de las miserias de la

²³ Desde allí habría que pensar el error político de Heidegger: en la equivocada autocomprensión del Ser, de lo paramente Otro, como una fuerza que podría realizarse plenamente en el ente. Es la lectura que hace Wittmo de la filiación nazi, tan publicitada por Farias y Habermas, del filósofo alemán. Cuando el 3 de noviembre de 1933 dice a los estudiantes: “El Führer mismo y únicamente él, es la efectiva realidad de Alemania, hoy y en el futuro, y su ley”, está usando un lenguaje extraño a sus propias construcciones teóricas. Precisamente cae en la mención de una extrañamente desistorizada “realidad efectiva” del caudillo, cuando en “Sein und Zeit” había atacado la reducción de lo que es a lo óntico, o sea, a lo que es meramente como presencia efectiva y disponible –la cual opaca el carácter existencial/temporal del ser-ahí. Aquí el Ser se realiza, y lo que era, como concepto, para negatividad, se convierte en una nueva facticidad libre de cualquier alteridad que la trasgreda–. Heidegger, parece ser, pensó en algún momento encarnar lo Otro en la mismidad racista y tradicionalista –en ese sentido heredera de los elementos más identitarios de la nación romántica– del nacionalsocialismo, pero no logró, como posteriormente se daría cuenta, sino cambiar la caída en el Uno (Mar) democrático de la república de Weimar, por la caída en el Uno (Mar) totalitario del Tercer Reich. No obstante, como Wittmo recuerda, en una entrevista con Ramón Pérez Mantilla, “en Heidegger están las premisas para criticar cualquier posible identificación de la autenticidad del ser con cualquier ente, como podría ser el partido, la raza o el pueblo alemán”. Todo depende de no olvidar que el ser nunca puede darse como presencia, como plenitud, sino únicamente como pura diferencia y abisalidad.

²⁴ Cuando Rilke, en las “elegías del Duino” sentencia: “Canta siempre de nuevo la alabanza inaccesible; piensa que el héroe no deja de serlo, que su misma caída no es más que un pretexto para existir: su postrer nacimiento”, da con la esencia del héroe trágico, el cual da sentido pero de un modo sacrificial: la muerte del héroe, la caída de aquel que se aproximaba a la perfección, nega, para el futuro, el valor de su esfuerzo. Aquel que estrella su ángel sino contra un mundo decadente, destaca a la vez los contornos de la padre-umbre y el mérito de su pureza. Lo que se intensifica –como aquella– en su disolución. Ese fracaso inexorable es el que puede universalizar el valor del héroe y no dejarlo como conquista privada. En tanto los decadentes se hacen partícipes, a través de la compasión, de la culpa por la derrota de lo puro, son incitados a superar su inmediatez. La añoranza de lo que no está siendo se convierte en activa trascendencia respecto a la facticidad pero dentro de la misma facticidad. El caudillo aniquilado es, en ese mismo sentido, un genuino espectro.

²⁵ Término común a Hölderlin –en “Ueber den Unterschied der Dichtarten”– y Nietzsche –“El goce producido por el mito trágico y el que proporciona la disonancia en la música tienen un origen idéntico” (“El origen de la tragedia”, Capítulo XXV)– en sus reflexiones sobre la tragedia.

²⁶ Heidegger, *ibid.*, p. 57.

cotidianidad²⁷, sino en la angustiada y permanente transgresión de lo que está siendo en nombre de lo faltante para cada actualidad. El arte y el caudillo, entonces, existen en la herida y por la herida²⁸.

El mito nacional

El mito es el conjunto estructurado de los símbolos. Se trata de una

red de formas perceptibles y públicas que, de una parte, suspenden, debido a su carácter enigmático, los horizontes de sentido habituales y, de otra, remiten a lo ausente respecto a la realidad efectiva. En tanto afecta los estados anímicos de la multitud, adquiere una dimensión política: el mito es el que configura y moviliza las

²⁷ Al respecto es ilustrativo lo que dice, en tono peyorativo, Theodor Adorno sobre el blues: "Ya los negros spirituals, preformas del blues, enlazan seguramente, como música de esclavos que son, el lamento contra la libertad con la servil confirmación de la misma". Si bien es de difícil aceptación la parte de la "servil confirmación", todo el sentimiento de rebelde explosión vital, muy asociada a lo erótico, que este género musical pretende, sí es cierto que no pretende nunca una emancipación total, manifiesta como plena alegría, sino que ejerce esa vitalidad sobre un trasfondo de tristeza y melancolía, de inexorabilidad de la condena. En eso radica el carácter trágico del blues y, de paso, del posible arte trágico que, en este texto, constituye la nación. El himno nacional, en esos términos, debería ser un blues.

²⁸ En esa medida, y siguiendo la tradición trágica, se presupone la existencia del mal. Como bien le aclara Jacques Derrida: "no hay tragedia, no hay esencia de lo trágico, sino bajo la condición de esa originalidad, para mayor precisión: de esa anterioridad pre-originaria y propiamente espectral del crimen" (Derrida, *Ibid.*, p. 34). Sin embargo, como lo vieron Nietzsche y Heidegger, esa preexistencia del mal no debe desembocar en resignación y espera de bienestar en la vida eterna (solución cristiana) ni, tampoco, en insensibilidad ante los sucesos del mundo (solución estoica). Por el contrario, esa conciencia del sufrimiento, de la inexorable presencia de lo terrible, es la que anima la voluntad humana: "Mi verdad habla en el fondo de un abismo lleno de espanto", dice Nietzsche (*Ecce Homo*, Capítulo III), refiriéndose a esa "afirmación de la vida aún en sus problemas más arduos y extraños" que diferencia a la tragedia del pesimismo. Por eso, en los fragmentos de la "Voluntad de poder" asegura lo siguiente: "el poder puede llegar a hacerse consciente sólo cuando se presentan impedimentos, así el displacer es una condición necesaria de toda actividad (toda actividad está dirigida contra algo que debe ser superado). La voluntad de poder busca resistencias, displacer. Existe una voluntad de dolor en el fondo de toda vida orgánica (contra la "felicidad" como "meta") (Nietzsche, Friedrich, *Fragmentos póstumos*, Editorial Norma, Bogotá, 1993, p. 127). Heidegger, continuando esta trayectoria — como también lo hará su discípulo Ernst Jünger — insiste por eso, en "Sein und Zeit", en el ser-para-la-muerte a manera de máxima posibilidad de ser-ahí y, a la vez, de imposibilidad de la misma existencia. En esa paradójica situación es que el ser-ahí toma una resolución. Así lo ha explicado Félix Duque, aludiendo al uso que hace Heidegger de los conceptos de fuerza — de raigambre leibniziana — y potencia — de origen kantiano —: "Cuando la fuerza pasa por sí misma a ponerse en obra no es ya fuerza sino potencia, Macht. Pero el imbecilente remecido, su latum, no está fuera de ella, sino que es su propio límite. La mónada se trasciende a sí misma: sólo es fiel a sí cuando va más allá de sí. Pero no va a otra 'cosa' ni en ella se convierte, sino que es vista como libre en su ser capaz de superar (Heidegger añade, y esto es decisivo, de superar desde su fin) los límites que la hacían real, para hacerse proyectora de posibilidades"; de ahí que la resolución implica "Gegenwärtigkeit": "en estar a la contra de la fuerza que el hombre en el fondo es" (Ver Félix Duque, La guarda del espíritu. Acerca del "nacional-socialismo" de Heidegger. En: *Heidegger, la voz de tiempos sombríos*, *Ibid.*, p. 103). Sólo, entonces, enfrentado a la amenaza de la aniquilación, el hombre asume la responsabilidad de su propio ser. Un trasfondo oscuro, abisal — das Unheimliche — pero, esa sí, inherente al mismo ser-ahí, es la condición de su resolución. Tanto Nietzsche como Heidegger coinciden en concebir el accionar trágico como un enfrentarse-con-la-necesidad-del-mal, mediado por el dolor o la angustia, que no recae ni en fatalismo ni en voluntarismo. Esto, como lo resume muy bien Jünger en una carta de 1.933 a Carl Schmitt, es una forma de pensar a gena a la modernidad: "el proceso que nosotros conocemos como modernidad consiste sobre todo en la disolución del mal" (Ver Jünger, Ernst, *Los viajes verdaderos*, *Memoria última*, Ediciones Península, Barcelona, 1988, p. 78).

pasiones y, en consecuencia, el que puede conducir las hacia la unidad. En la medida en que los individuos invierten sus sentimientos particulares en un mismo conjunto de referentes, pueden obtener, como devolución a su entrega afectiva, una imagen de sí mismos como miembros de una misma comunidad. Sin esa mediación a través del mito, sin ese tránsito especular, no hay identidad colectiva.

Ahora bien, el mito, por una parte, no tiene que ser evaluado en términos racionales sino en términos vitales. Como bien lo vio Sorel, recurriendo al pragmatismo vitalista de Nietzsche, su verdad no radica en la coherencia de su estructura lógica, ni en la universalidad de sus enunciados, ni tampoco en el grado de verificación empírica del que sea susceptible. Su verdad, cuando no extendemos equivocadamente los criterios de la ciencia a ámbitos que no les corresponden, depende de la intensidad anímica que logre descargar con miras a un poder ser en común. En el mito soreliano de la "huelga general", por ejemplo, importa, ante todo, la identidad de clase, los sentimientos "motrices" –de lucha contra "la sociedad moderna"– que genera en referencia a un "porvenir indeterminado", y no la consistencia doctrinal de los militantes²⁹. El apocalipsis, la

fábula del juicio final, en el cristianismo, cumple un papel similar. Spinoza, en relación con el conjunto de las leyendas bíblicas, lo ha sabido ver: su función no es convencer a la razón sino incitar el ánimo hacia una forma de conducta pública (TTP 14). Los profetas, dice –lo cual también podría extenderse a los artistas y los caudillos–, no tienen una especial conexión con lo verdadero, ni son hábiles como filósofos, pero sí logran movilizar, a través de "figuras", la imaginación de la multitud. Ahí radica su valor como políticos. Ojos socráticos no podrán comprenderlo. El mito, en suma, no ha de juzgarse desde criterios puramente epistemológicos.

Por otra parte, el mito no es una alegórica apología de la cotidianidad. Nietzsche lo vio claramente en "el origen de la tragedia": "El arte no es solamente una imitación de la realidad natural, sino un suplemento metafísico de la realidad natural, yuxtapuesto a la misma para contribuir a vencerla. El mito trágico, en cuanto parte integrante del arte, se utiliza también para suscitar esta transformación, que es el fin metafísico del arte en general"³⁰. El conjunto de símbolos es una construcción de sentido paralela a la cotidianidad del sentido –pues también el ámbito económico, como parte de ésta, es una

²⁹ Sorel, Georges, *Reflexiones sobre la violencia*. Carlos Valencia Editores, 1976, Bogotá, pp. 128-131.

³⁰ Nietzsche, Friedrich, *El origen de la tragedia. A partir del espíritu de la música*. En: *Obras completas*. Tomo 1. Ediciones Teorema, Barcelona, 1985, p. 601.

práctica significativa— que, aunque está en el presente como forma perceptible, introduce un contra-tiempo, un tiempo por fuera del tiempo rutinario, capaz de trascender lo meramente presente. Por eso la sensación que produce es un "querer contemplar y al mismo tiempo querer avanzar más allá de esta contemplación"³¹, esto es, el mismo "estar dentro estando fuera" pregonado por Heidegger como constitutivo de la experiencia estética. De ahí que el mito, a diferencia de la ciencia y de la filosofía, no recurre a un lenguaje apofántico, apto para describir estados de cosas, sino a un lenguaje poético que, estando referido a la dinámica de las pasiones, no se atiene a lo que sucede, a los hechos, sino a lo que puede suceder, a lo posible³². El mito desgarrar toda facticidad.

Incluso la facticidad de las formas de Estado. La nación, entendida ahora como comunidad mítica signada por la angustia, es decididamente metaestatal. Trascendente, se resiste a ser institucionalizada en un aparato burocrático de toma de decisiones. Más bien ella constituye una perpetua exterioridad respecto a la maquinaria del poder. Si bien carece de contenido normativo, pues no prescribe nada determinado, instaaura, al interior de la diná-

mica estatal, un permanente déficit de sentido; ella recuerda lo sustraído para cada situación histórico-política concreta, por lo cual convoca a asumir decisiones sobre el aquí y ahora determinados. Partiendo de su concepto de verdad como desocultamiento, así lo enunciaba Heidegger en sus lecciones, poshitlerianas, de 1934/35 "La verdad de un pueblo es la correspondiente apertura del ser en su totalidad (...) de acuerdo con la cual los poderes sustentadores, ordenadores y conductores obtienen sus rangos y provocan su consenso"³³. La nación, como ámbito de la verdad, sería una especie de criterio para juzgar toda estatalidad. Como ha señalado Seel, respecto al pensamiento ético de Heidegger, no se trata de postular un actuar correcto sino de exhibir la fragilidad de todo orden y, a contrapelo, incitar a trascenderlo; bien puede interpretarse, con Schurmann, esta actitud, en el presente texto asociada al concepto de nación, como un principio de an-arch, de no centro/gobierno, que se opone a toda violencia de la legitimación basada en un fundamento absoluto³⁴. Por ese motivo, no cabe aquí la posibilidad del Estado-nación sino como otra cara de la disyunción, del carácter

³¹ *Ibid.*, p. 602.

³² De ahí que sólo la retórica— como la disciplina sobre los usos del lenguaje en relación con las pasiones que despierta (ta) como la concibe Aristóteles)— esté en capacidad de evaluar el mito.

³³ Citado por Pöggeler, *Ibid.*, p. 22.

³⁴ Sobre Seel y Schurmann: ver Cerezo, Pedro, *Ibid.*, p. 53.

adialéctico de la contradicción que aquí se ha explicado bajo la figura de lo trágico, pues lo nacional no puede fundirse en lo estatal sino al precio de liquidarse en la cotidianidad del sentido –lo cual ocurre en la inexorable caída de la existencia auténtica en el Uno (Man)³⁵ o, para el caso del caudillo, en esa rutinización del carisma, donde éste se convierte en nueva tradición, que expuso Weber en 'Economía y sociedad'³⁶–. La nación siempre es un contra-tiempo del Estado³⁷.

La nación-mito, entonces, es una contracara necesaria del proceso de desencantamiento del mundo del cual el Estado burocrático es protagonista. Y, tal vez, es el reverso requerido para confrontar una política reducida a la administración de la

complejidad social que existe en correspondencia con el ámbito de la acción instrumental y cuyo poder de integración es mínimo pues sólo piensa en el automantenimiento del sistema institucionalizado³⁸. Si bien esa dimensión es necesaria, no basta para crear sentimientos de solidaridad y, por eso, a la postre, termina validando un individualismo indiferente ante el destino del otro o, en el peor de los casos, proclive a usar la violencia para defender el propio interés. Tal proyecto, de fundar una comunidad de los sufrientes, articulada simbólicamente y superior a toda ley o tradición³⁹, vendría a ser un reencantamiento del mundo que salve la posibilidad de la convivencia y reunifique la dispersión que nos legó la modernidad. La idea, aunque con

³⁵ Félix Duque, *ibid.*, p. 110.

³⁶ Lo cual no excluye que, en el momento de ruptura de la diferencia, se transforme la cotidianidad misma o, para decirlo más políticamente, que el caudillo no reconfigure la institucionalidad antes de convertirse en nueva institución.

³⁷ Cuestión similar: para recurrir a casos históricos, al conflicto entre la temporalidad mítico-profética de la Iglesia, donde el porvenir está sustruido a la voluntad humana, y la temporalidad secular-planificadora del Estado, propia del siglo XVI. Sobre esto ver Kzelewicki, Reinhard, *Futuro pasado. Para una semiótica de los tiempos históricos*, Paidós, Barcelona, 1993, p. 25.

³⁸ De ahí las reflexiones del Heidegger tardío sobre la racionalidad sistémica –conocida por él a partir de los textos de Norbert Wiener– como la lógica del proyecto técnico-científico de la modernidad –donde se consume el olvido del Ser. (Al respecto ver su conferencia de 14 de abril de 1967 en Atenas).

³⁹ Los mitos nacionales, en el sentido aquí mencionado, se ajean, para decirlo con Vattimo, de cualquier arcaísmo, esto es, de cualquier tradicionalismo de derecha –como el de los filósofos de la Restauración. No sólo porque se rompe el nexo entre realidad y representación, propio de los conservadurismos, sino porque elude la sacralización de cualquier momento originario, pues, que la acción política y estética deberían revivir. Desde la perspectiva aquí asumida, ni hay reconciliación ni culto al origen –pues el símbolo remite a un más allá inscribible y no a un comienzo acético– luego pervertido por el devenir histórico. Sobre esto dice Heidegger: 'El auténtico inicio marca contiene el carácter arcaico de lo primitivo. Lo primitivo carece siempre de futuro por el hecho de carecer de ese salto y salto previo que danan y fundamentan [...] Es incapaz de liberar algo fuera de sí, porque no contiene nada fuera de aquella en lo que él mismo está atascado. Por el contrario, el inicio siempre contiene la plenitud no abierta de lo inseguro, esto es, del combate con lo seguro' (Heidegger, *ibid.*, p. 65).

acentos distintos a los aquí expuestos, estaba presente en el concepto de "religión civil" que exponía Rousseau al final del "Contrato social" o en la "nación cristiana" de Saint-Simon o en el "estado estético" de Schiller. Todos guardan en común la misma convicción: la imposibilidad de la comunidad en un horizonte totalmente ra-

cionalizado. Sigue vigente la pregunta que Schelling planteó al mundo moderno – cuya solución Nietzsche, via Wagner, creyó encontrar en algún momento–: "cómo podría surgir una nueva mitología, éste es el problema cuya elucidación sólo puede esperarse de los futuros destinos del mundo"⁴⁰.

⁴⁰ Citado por Givone, Sergio. *Desencanto del mundo y pensamiento trágico*. Madrid, Visor, 1991, p. 59.